

CAPITULO LXXXIX.

LA EXPLOSION.

Era la mañana del 18 de Marzo de 1871. París se encontraba envuelto en el sudario de una de esas nieblas que semejan finísima lluvia. Antes de que el grueso de la población se hubiera lanzado del lecho á la calle en pos de sus trabajos ó de sus distracciones, veíase pasar, rozando casi con las paredes, cubiertos por sus capotones griseos, pálidos por lo general y malhumorados, gran golpe de gente en armas, soldados de línea que subían á duras penas las alturas de Montmartre y de Chaumont. Restos de los ejércitos del Loira vencidos en cien batallas, prófugos de cien derrotas, martirizados por el frío, estenuados por el hambre, descontentos de sí mismos y aun más descontentos de sus jefes, con esa rabia y esa inquina contra todos y contra todo, que tarde ó temprano inspira la desgracia á las almas vulgares, podía fácilmente adivinarse que aquellos seres mas valían para servir á una desesperada rebelion que para obedecer al gobierno constituido y para salvar el orden público.

¿Dónde iban? Ya lo hemos dicho. Iban

principalmente á las alturas de Montmartre. ¿Y á qué iban á las alturas de Montmartre? Iban á recoger unos cañones que la Guardia nacional pretendía ser cosa suya, y el gobierno pretendía reivindicar como cosa del Estado. ¿De dónde provenían estos cañones? Napoleón III no tenía más títulos para aspirar á la dominacion de su patria que los títulos de gloria militar adquiridos por el ciclópeo fundador de su dinastía en cien batallas. Su advenimiento al trono era una amenaza, su centro una espada, su timbre un águila voraz, su política un combate, su escusa única y su justificacion suprema la reconquista de las antiguas fronteras y el engrandecimiento material de Francia. En esta necesidad parecia natural que hubiera provisto á la defensa de su Imperio, y sobre todo, á la defensa de la capital de ese Imperio, murada y circuida por un hombre puramente civil como Thiers. Pues no hizo nada. Al comenarse el sitio de París se encontraron los muros y los fuertes sin la dotacion necesaria á la defensa de una plaza de guerra. La Guardia nacional,

aguijoneada por tantas proclamas y tantas frases, ébria de heroísmo, comprendía que el entusiasmo no puede luchar á ciegas con la ciencia, y demandaba artillería y más artillería para sus venideras salidas y para sus formidables combates. La fabricacion de los cañones, fabricacion estancada antes, se declaró completamente libre. Inmensas suscripciones se abrieron para forjar baterías y repartirlas entre los guardias nacionales. El músico dió conciertos, el pintor cuadros, el jornalero soldadas, el capitalista oro, las compañías dramáticas sus mejores funciones, los circos sus más vistosos espectáculos, las cortesanas sus más ricas joyas, hasta los niños sus juguetes para procurar cañones, ametralladoras, Krups, á los desinteresados defensores de la independencia nacional. El célebre pintor realista, Courbet, que pretendía vincular en sí toda la estética de la revolucion, dió una Conferencia sobre arte, y con el producto de la Conferencia, compró un cañón. El *Siecle*, el periódico representante de las ideas republicanas en las clases medias, compró baterías enteras. Pero ¡ah! que mientras acumulaban con el trabajo y con el tiempo medios de defensa, consumían con la voracidad propia de un inmenso pueblo de dos millones, todos los medios de subsistencia. Cuando acumularon cañones, no tuvieron víveres. Y sin alimentacion necesaria, les era imposible, no ya luchar, pero ni siquiera existir. París cayó, París se entregó, y quedaron en manos de la Guardia nacional, inmensos materiales de guerra, en gran parte, intactos, vírgenes, como adquiridos á las vísperas mismas de la entrega. ¡Oh fatalidad! Esos instrumentos de guerra no sirvieron para la lucha nacional é iban á servir para las luchas civiles, no salvaron el honor é iban á traer el deshonor de Francia; no escupieron la muerte sobre los invasores é iban á escupirla sobre los mismos franceses, como si todavía no estuviera bastante castigada la Nacion, que de Sibila del progreso, puesta por la Providencia

en la sublime trípode donde se oían los oráculos de lo porvenir, se habia precipitado, desciéndose su corona de verbena, en la mancebia de los Césares.

Llegado el armisticio, pactóse que la Guardia nacional de París conservara todas sus armas, y entre sus armas, estaban naturalmente sus cañones. Fué necesario apurar la afrenta de que el prusiano pasara por la ciudad, y á fin de evitar todo conflicto, de alejar toda tentacion, separaron los cañones de su vista, y los condujeron á plazas apartadas de París, que se trasformaron de esta suerte en verdaderos parques. Estas plazas, en su mayor parte, se hallaban allá en los barrios de la democracia más roja que, exaltada, febril, delirante, soñaba siempre con las guerras, como si la guerra no fuese la muerte de los pueblos, la vida de los Césares. Desde los primeros dias del armisticio, guardaban grandes patrullas de la Guardia nacional estos cañones. Cuando les decian que aquella guardia era completamente inútil; que ajustada la paz, los cañones se hallaban condenados á una ociosidad forzosa, mostraban las llanuras de Saint-Denis, y los cascos prusianos reluciendo todavía al sol de las batallas. Pero, en efecto, aquellos parques al aire libre, aquellas baterías en las plazas, aquellos cañones en las calles, no apuntaban á los extranjeros, eran los cráteres de la guerra civil, abiertos en las calles mismas de París.

El gobierno se persuadió de esto, y se propuso que los cañones pasaran de los parques improvisados á los parques oficiales. Estaba completamente en su derecho. No puede existir un Estado, si ese Estado no responde por sí de la seguridad general, y no puede responder de la seguridad general si no tiene directa ó indirectamente en sus manos la fuerza pública. Y si aquellos cañones amenazadores no entraban de lleno en poder del gobierno, decididamente no existía el gobierno de hecho. Así, mezclando la energía á la prudencia, dirigíanse las tropas del Estado

en la madrugada del diez y ocho de Marzo sigilosamente á tomar las alturas de Montmartre y á retirar los cañones. Ya las habian tomado á hora bien temprana. Ya habian puesto su mano sobre aquellos instrumentos de discordia. Sólo faltaba descenderlos y encerrarlos. ¿Cómo no verificaron esta operacion sencillísima? Por una de estas infinitas torpezas que se cometieron allá en los proemios de la guerra extranjera y que debian repetirse aquí en los proemios de la guerra civil; por habersele olvidado los atalajes y los caballos necesarios á la empresa. ¿Se concibe tamaño descuido? ¿Se concibe que fueran á tomar unos cañones y olvidaran los medios de tomarlos? ¿Se concibe que no llegara ni aun á ocurrírseles cuanto necesitaban salir airosos en la empresa; y para salir airosos en la empresa cuanto necesitaban los atalajes necesarios al arrastre y á la conduccion de los cañones?

Esta tardanza provocaba la intervencion de la muchedumbre; y la intervencion de la muchedumbre lo perdía, lo malograba todo. No hay pluma capaz de describir la irritacion á que llegara el pueblo de París. Convencido profundamente de haber sido entregado, vendido; por todas partes imaginaba ver señales de traicion, sombras de espías. Sus gobernantes traidores, sus generales traidores, sus diputados traidores; la nacion sólo habia engendrado hijos espúreos, capaces de venderse y de venderla por el más vil precio, por amor al mal, por el gusto de la deshonra y de la infamia. Un quinqué iluminado que luciera al través de los cristales; un chal rojo que cualquier dama se echara sobre los hombros; las verdes alas de un papagayo agitándose en lo alto de rasgada ventana; la seña expresiva y la ojeada de un amante á su amada; estas y otras cosas más baladíes aun eran tomadas por señales convenidas con los prusianos, encaminadas á alguna conjuracion espantosa, negra traicion á la República y á la patria.

Pues los espías eran aun más frecuentes, y pasaban por trances más peligrosos. Hablaban los rubios en voz alta para que su acento francés y su perfecta entonacion parisien los libertara de cualquier emboscada. Pero, si por casualidad, el rubio se distrae y se calla, se embebe en su pensamiento, se sumerge en la tristeza natural de los tiempos y de los sucesos, corre peligro de ser sorprendido en la calle, golpeado, puesto á buen recaudo en oscura prision bajo las manos de duros comisarios de la molesta policia francesa. Dos rubios se encuentran cierto dia y se toman por sendos espías alemanes. Apenas esta idea les cruza por la mente, se echan mutuamente mano y cayendo y levantándose, llegan hasta la próxima brigada de guardias de la ciudad, que persuadida de su pura inocencia los despide entre generales carcajadas. Pero hay tragedias horribles. Pocos dias antes de la siniestra fecha en que la Comunidad revolucionaria fuera proclamada, desfilaba la Guardia nacional ante la columna de la Bastilla, sobre cuya cima todavía despliega en los horizontes de París sus aéreas alas el ángel de la libertad. Los festones de inmortales que caian de la altísima columna; las bandéras rojas que tendian por todas partes sus purpúreos reflejos; el concierto armonioso de las músicas; el paso y desfile de los batallones de la Guardia nacional, perfectamente equipados; los coros gigantescos del pueblo, repitiendo las estrofas de la *Marsellesa*; el oleaje hirviente de la multitud; las graciosas cabezas de tantas mujeres como ornaban las ventanas y sonreian á los soldados del pueblo, daban al momento aquel un aspecto de alegre fiesta, en que se espaciaba el alma, hasta entonces oprimida, de la gran ciudad. ¿Quién hubiera dicho que tanto placer iba á mancharse con un crimen horrendo? Un italiano, llamado Vicentini, anotaba en su libro de memorias los números de los batallones que iban pasando por la plaza. De pronto grita una voz: es un prusiano, un